

El gordo de porcelana

Sebastián Oyarzún Arancibia

Image not found.

Capítulo 1

Gordo de porcelana

Golpeó el pavimento, escalón a escalón. Un gordo formidable aterrizó sus manos sudadas en el pasamano. Sus fluidos se deslizaban por el fierro, pero él no se avergonzaba.

Era noviembre, el calor en el metro de Santiago agobiaba hasta en la sombra. El intenso sol se sentía arriba y abajo. No importaba si el sujeto subía o bajaba, el cálculo era el mismo.

Los escalones se hicieron cada vez más pesados. El sudor que se apresuraba por su espalda y el organismo, con el fin de conciliar la temperatura externa con respecto a la interna, parecía colapsar. El quejido de un pulmón se hacía más patente.

Cerró los ojos por unos momentos, miró hacia arriba y contó los peldaños que le faltaban. Supuso que nunca iba a acabar. Sin embargo ¿Me van a creer que terminó de subir los veinte escalones?

Se alegró muchísimo y por poco lo publica en su Facebook. No obstante su orgullo pudo más y levantó la mirada para verificar si estaba el sujeto que vendía aquellos típicos chocolates superocho. Tránsfugos que corren al ver a los azules y que pasan varias veces solo para hacer caer a las víctimas del azúcar.

El guatón golpeó tres veces los plásticos suelos de la estación flotante. Sacó de su bolsillo apretado trecientos pesos y pidió un embeleco. Se saboreó y dio cuenta de las miradas. No le importó. Su misión estaba completa y se sentía satisfecho. El envase cayó al suelo y otra dificultad se produjo ¿Cómo recoger ese maldito envase sin morir en el intento? Un viejo lo recogió procurando, sin éxito, disimular un gesto de asco.

Nuestro querido amigo se sentó en uno de los asientos preferenciales cuando llegó a la siguiente estación. Un estudiante hizo contorsión y pudo dejar un espacio. Una mujer embarazada se interpuso entre él y un pasajero que se hizo el dormido. El gordo siempre fue amable, por lo que se levantó con cuidado. La señora trató de evitar aquella acción e intentó no aceptar su lugar. ¿Habrá sentido pena? El orgullo volvió y prácticamente la obligó a aceptar el pegajoso asiento. La mujer hizo una mueca de asco, pero amablemente sonrió. El estudiante se incorporó y ofreció su puesto a una señora de edad. Quizás sintió el mismo orgullo como reflejo.

El gordo se paró y aferró sus manos resbalosas a las cadenas plásticas colgantes. De pronto sus ojos se abrieron, parecían platos. Su cuerpo comenzó a enfriarse, se hizo frágil. La masa, el peso y la gravedad se convirtieron en sus acérrimos enemigos. Su respiración silbaba, era un chiflido de mal gusto. Era su fin. Sentía ganas de llorar, pero no podía. Su

piel trastornada estaba siendo víctima de un sinsentido aparente. La brisa que entraba por la ventanilla empujaba al gordinflón. Como una taza en manos del parkinson, se apreció un sonido desde el interior de su cuerpo completamente vacío.

Resuena la voz de la mujer con un marcado "¿Está bien?". Su agudo sonido hace vibrar por completo su nueva piel. No sabía hacia dónde mirar. No era capaz de gesticular el horror.

Una catarsis. Un eco ahogado en la desesperación. Sonido de todos los gritos que entretejía el vagón. El unísono asombro de los espectadores al ver como un cuerpo henchido se transformaba en una escultura pálida, como la esperma de la vela.

La mujer embarazada con terror tocó al aterido cuerpo. Observó cómo se trizaba lentamente. Trató inútilmente de componerlo. Intentó afirmar sus partes desquebrajadas y con fuerza unía las placas destartadas.

Alguien de pronto, con una ocurrencia inmediata, dio un jalón al freno de emergencia. El brusco movimiento y la caída de aquella gran losa esculpida de forma humana era la escena principal, el clímax. La trizada y la explosión de los elementos dieron muerte a una mujer embarazada, un estudiante y a unas monjas que se quedaron mirando al buda destronado.